

Al general Haxo, llamado á Danzick, habia reemplazado el general Rogniat, espíritu extravagante, pero enérgico y oficial de mérito sumo. Hacia el Sur se habia elegido el punto de ataque, entre las montañas y el rio, sobre un terreno llano, delante de los bastiones de San Pedro y San Juan, á causa de la facilidad de los trabajos hacia aquel punto. Apoyandose nuestro ataque principal en la izquierda del Ebro, debia ser apoyado por un ataque accesorio, el de la cabecera del puente. A la derecha estaba expuesto a los fuegos de un fuerte exterior, denominado de Orleans, en memoria del duque de Orleans que en 1708 tomó la plaza por este lado. Abrióse, pues, trinchera delante de este fuerte, para distraer sus fuegos y tomarlo oportunamente cuando llegara el momento de los asaltos.

Abierta atrevidamente la trinchera muy cerca del recinto, fué adelantada con vigor y de modo de perder poco tiempo en trabajos de aproche, y efectivamente á los pocos dias se llegó al pie de las obras y casi al camino cubierto. La guarnición multiplicaba sus salidas con la intencion de entorpecer nuestros trabajos, y especialmente el 2.º de diciembre ejecutó una impetuosa, no sobre los frentes del Sur que eran los atacados, sino sobre los del Este, á fin de sorprender nuestras trincheras por la espalda. Tres mil hombres briosamente conducidos asaltaron de súbito a nuestros operarios, mataron á muchos oficiales de ingenieros y comenzaron á poner en desórden nuestras trincheras, cuando acudiendo los generales Habert y Abbé con las reservas de los regimientos 44.º y 116.º de línea, y del 5.º de ligeros les atajaron el paso y les volvieron á encerrar en la plaza, pinchándoles con

las bayonetas, despues de causarles una pérdida de cuatrocientos hombres entre muertos y prisioneros. En esta accion vigorosa vióse á un oficial destinado á hacer una brillante carrera, el capitán Bugeaud, acosar al frente del regimiento 4.º 6.º á los españoles hasta el pie de los muros con una intrepidez admirada de todas las tropas. A pesar de esta salida enérgica la ruptura del fuego no se dilató un solo dia, y al siguiente, que era el 29 de diciembre, despues de algunas reparaciones indispensables en nuestras obras, cuarenta y cinco bocas de fuego, divididas en diez baterías, vomitaron sobre la plaza una granizada de granadas, bombas y balas y demantelaron por donde quiera las murallas contra que se daba el ataque. Ya el 30 se empezaron á formar dos brechas, una á la derecha sobre el elevado fuerte de Orleans, y otra á la izquierda en el bastion de San Pedro y prometian para de allí á dos dias libre acceso al arrojido de nuestros soldados. Despues de emplear el dia 31 en perfeccionar los aproches, tornóse á romper el fuego el 1.º de año, con lo que las brechas se hicieron practicables del todo. Los valientes soldados del ejército de Aragon, habilísimos ya y muy osados en esta guerra de asedios, clamaban por el asalto á grandes voces, cuando anunció la intencion de capitular una bandera blanca enarbolada sobre la plaza. Pero habiendo solicitado el gobernador que la guarnición se pudiera retirar libremente á Tarragona, negóse el general Suchet á la demanda é hizo que se rompiera otra vez el fuego, de cuyas resultas al punto apareció segunda vez la bandera blanca sobre las murallas. Por informes llegados de lo interior de Tortosa se supo que



aquellas vacilaciones consistian en la negativa de la guarnicion á quedar prisionera y á obedecer á su gefe. Entonces el general Suchet se presentó audazmente á las puertas del castillo y entró allí con algunos oficiales, amenazó al gobernador con pasar á la guarnicion al filo de la espada si no se le entregaba el castillo, hizo que se le posesionara de las puertas, y obtuvo que el 2 de enero se rindiera la ciudad y que nueve mil cuatrocientos prisioneros desfilaran por delante de él y depusieran las armas.

Este excelente asedio, dirigido todavía mas vigorosamente que el de Lérida, costó al ejército de Aragon diez y siete dias, de ellos trece de trinchera abierta, y de quinientos á seiscientos hombres. El general de ingenieros Rogniat, el general de artillería Valeé desplegaron allí tanta habilidad como energia.

Muy de otra manera difícil y largo debia de ser el asedio de Tarragona, y todo auguraba que el ejército seria retenido en Cataluña parte del año de 1811. Por consiguiente, no habia posibilidad de que de él pudiera recibir próximo socorro el ejército de Andalucía.

Durante este tiempo, desde junio de 1810 hasta enero de 1811, no habia estado menos ocupado el ejército de Andalucía que el ejército de Aragon.

Como se ha visto, la Junta Central, refugiada en Cádiz despues de la toma de Sevilla, habia permitido sus funciones en favor de una regencia y de las córtes. Estas se reunieron en Cádiz con mucha solemnidad el 24 de setiembre de 1810, y despues de asistir á una gran ceremonia religiosa, esta célebre asamblea comenzó por declarar que

la soberanía nacional residia en las córtes; que la dignidad real seria conservada á la casa de Borbon; que hasta que Fernando VII obtuviera su libertad esta dignidad real seria representada por la regencia recientemente instituida y que las córtes ejercerian en la mayor amplitud el poder legislativo. Luego de dar estos decretos, la asamblea de Cádiz exigió que la regencia fuera á aceptarlos y á prestar juramento. Habiendo querido eludirlo el obispo de Orense, vióse obligado á someterse tras de una escena harto ridícula para él, y acabados estos preliminares, se puso la asamblea á discutir leyes para operar la reforma de la monarquía española. La regencia, y en la regencia el general Castaños muy particularmente, concertaban con el general Blake, con los otros gefes de ejército y con Enrique Wellesley, hermano de lord Wellington, las operaciones militares.

Cádiz y la isla de León estaban abundantemente provistas de hombres y de toda clase de recursos, y de los que se pueden proporcionar por mar sobre todo. Lord Wellington envió allí al principio cinco mil soldados, de los cuales se le autorizó á retirar tres mil despues de la entrada en campaña del mariscal Massena. Muy pronto á los dos mil restantes se agregaron otros cinco mil llegados de Sicilia, por culpa de Murat, que despues de haber hecho todos los aprestos para una expedicion contra esta isla, anunció seguidamente que renunciaba á ella. Sobre los siete mil hombres de tropas inglesas aun encerraba Cádiz de diez y siete á diez y ocho mil soldados, reliquias de todos los ejércitos regulares de España. Los trigos, la carne salada traída de América, los vinos sacados de todas



las costas, abundaban en la plaza aunque á precio bastante subido. Solo se carecia de carne fresca y de forrages, pero esta privacion era de poquísimo efecto en medio de la exaltacion que animaba á los habitantes, al ejército y á las córtes. Nada mas faltaba que union, y aun la union renacia en los peligros extremados.

A esta fuerza reunida en Cádiz juntábase á la derecha (á la derecha para los españoles) en la provincia de Murcia un conjunto de unos veinte mil hombres compuesto de las tropas, que se habian retirado de los desfiladeros de Sierra Morena y de los *insurgentes* de Murcia, ayudados con frecuencia por los valencianos. Al centro, entre Granada y Sevilla, se hallaban, además de los ferocísimos serranos de Ronda, los contrabandistas de los alrededores de Gibraltar, á la sazón ociosos y muy hábiles en el ejercicio de guerrilleros. Por último, á la izquierda, junto á la embocadura del Guadiana, en el condado de Niebla, otros contrabandistas muy activos, y mas arriba por el mismo Guadiana, entre Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Alburquerque, estaba el ejército de la Romana, fuerte de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, de los cuales siete ú ocho mil se habian incorporado á lord Wellington á las órdenes del marqués mismo.

Con estas diversas reuniones de gentes, favorecidas por el terreno y por el clima habian logrado los generales Blake y Castaños paralizar completamente los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía. Su plan estribaba en aprovecharse de la presencia de las tropas inglesas y españolas reunidas en Cádiz y en Gibraltar, para ha-

cer frecuentes salidas sobre el frente y las alas del primer cuerpo y contrariar cuanto les fuera posible al mariscal Victor en sus preparativos encaminados á sitiar la plaza; para sostener con otras salidas, tanto de Cádiz como de Gibraltar, á los serranos de Ronda y atormentar de todas maneras al general Sebastiani por el lado de Granada y de Málaga; para ejecutar, en fin, continuos descensos á las bocas del Guadiana, dar allí la mano á los *insurgentes* del condado de Niebla y correr sin descanso entre las cinco plazas de Olivenza, Elvas, Badajoz, Campomayor y Alburquerque, de modo de no dejar un momento de respiro al quinto cuerpo, ni al mariscal Mortier que lo mandaba. Nada les importaba ser batidos á tal de no someterse nunca, de no estar un solo dia parados, de no consentir á los franceses un solo instante de reposo. Ya desechado por los españoles el amor propio de ganar batallas, esta guerra de partidas, apoyada en Valencia, Murcia, Gibraltar, Cádiz, el mar, el Guadiana y las cinco plazas de Extremadura, debia serles tan ventajosa como la que hacian en el Norte; y efectivamente, realizando todo el año de 1810 sus esperanzas, se habia puesto en claro el error cometido por los franceses al trasladarse á Andalucía antes de haber pacificado el Norte de España y expulsado de Portugal á los ingleses.

Ocupado alternativamente el general Sebastiani en Ronda y en las Alpujarras, vióse obligado una vez á marchar en masa contra Blake, á quien batió en Baza, y otra á dar batalla en Fuencirola á los ingleses, á quienes compelió á reembarcarse. Por último, reunido á un destacamento del quinto cuerpo, procedente de Sevilla, le forzó la necesi-



dad á quemar los principales lugares de Ronda, sin sofocar la *insurreccion*, aun habiendo logrado repeler á Gibraltar á las tropas que fomentaban de continuo las turbulencias de aquella serranía.

Menos cansada habia sido la campaña del primer cuerpo, menos costosa en hombres, porque no se habia tenido que mover tanto de su puesto, sin que á pesar de todo dejara de ser laboriosa á causa de los trabajos de embestida que constituian su tarea. Auxiliado el mariscal Victor por el hábil general de artillería Senarmont, que tanta osadía y presencia de ánimo habia acreditado en Frieland y en Uclés, abarcó por medio de una série de reducidos perfectamente colocados y muy bien adaptados á su objeto, todo el espacio que se extiende desde el Puerto de Santa María á Puerto Real y desde Puerto Real á Sancti Petri. Armólos con doscientas cincuenta bocas de fuego del mayor calibre, fundidas todas en Sevilla: á viva fuerza tomó al enemigo el Trocadero y el fuerte de Matagorda, que formando una punta saliente en la rada, podia cubrir á Cádiz de proyectiles: hizo fundir en Sevilla un mortero de nueva invencion que disparaba bombas á distancia de dos mil cuatrocientas toesas, alcance muy bastante para incendiar á la infortunada ciudad de Cádiz; y dispuso que se aprestaran gran número de esta clase en Sevilla para colocarlos en el fuerte de Matagorda. Además cogió y mandó carenar y aun construir ciento cincuenta lanchas cañoneras armadas de gruesos cañones, con bateles de transporte para diez mil hombres, y mandólas llevar, costeando la playa, desde las bocas del Guadalquivir á la embocadura del Guadalete; mas para trasladarlas desde este punto á la

rada interior de Cadiz, donde se necesitaba de ellas, habia que doblar la punta del fuerte de Matagorda, tan próxima á los fuegos enemigos que peligrara mucho esta preciosa escuadrilla de resultas. A fin de eludir la dificultad, dispuso el mariscal que se colocaran sobre ruedas y se condujeran por tierra desde el Puerto de Santa María hasta Puerto Real. Por consiguiente los trabajos preliminares iban ya muy adelantados. Con todo, aun faltaban marineros para tripular la escuadrilla, no siendo bastante numerosos los marineros de la Guardia; faltaban artilleros para servir esta inmensa artillería, y faltaba una masa de proyectiles y de municiones proporcionada al uso extraordinario que se debia hacer de ella. Se hubiera necesitado por fin un refuerzo de infantería, pues el mariscal Victor, que de un efectivo de mas de treinta mil hombres habia conseguido poner en línea de veinte y uno á veinte y dos mil combatientes, apenas tenia quince mil disponibles ahora.

No cesaba de decir que si se le proporcionaran quinientos ó seiscientos marinos mas, unos mil artilleros, pólvora y proyectiles en cantidad bastante y un refuerzo de algunos miles de hombres de infantería, pasaria el canal de Sancti Petri con ayuda de su escuadrilla, se apoderaria despues de la isla de Leon á la bayoneta, y de allí marcharia sobre la plaza de Cádiz por el arrecife, mientras el fuerte de Matagorda disparara sobre ella una masa formidable de fuegos. Además añadia que, con presentarse por algunos dias una escuadra francesa delante de Cádiz, donde solo habia ocho navíos ingleses, la ciudad se rendiria sin demora, y que ya en nuestro poder la plaza, nada



tendría que temer del enemigo esta escuadra, y antes bien estaría allí tan seguramente como en Tolon. ¡Qué resultado no obtuvieran á la verdad los diez y ocho navíos del almirante Ganteaume presentándose con doce ó quince mil hombres de desembarco y un gran cargamento de municiones! Probablemente hubieran hecho cambiar la faz de las cosas en la Península, pues tomada Cádiz se pudieran enviar acto continuo treinta mil hombres sobre Lisboa, lo cual hiciera casi segura la caída de las líneas de Torres-Vedras! Despues de haber entregado tantas veces las escuadras francesas á la aventura, ¡qué ocasion mas propicia para arriesgar otra aunque hubiera de perecer entera! Jamás la grandeza del objeto justificara mejor la grandeza del sacrificio.

No solo no recibia el mariscal Victor el socorro naval que habia solicitado tantas veces, sino que el mariscal Soult no le auxiliaba de ningun modo. Estos dos gefes militares vivian muy mal avenidos. En la persuasion estaba el mariscal Victor de que el sitio de Cádiz, como que debia ser su obra y su triunfo, no gozaba del favor del mariscal Soult; y á la verdad este, lejos de reforzarle, quitábale á menudo destacamentos para enviarlos, ya á la seranía de Ronda, ya al condado de Niebla, y de los diversos objetos, el del sitio de Cádiz parecia ocuparle menos que todos.

El modesto mariscal Mortier, que en ninguna parte oponia estorbo, y donde quiera se sabia hacer de provecho, conteniéndose en segundo término siempre, no llevaba una existencia menos trabajosa que el general Sebastiani en Granada y el mariscal Victor en Cádiz. Obligado á correr con el

quinto cuerpo, ora hácia Badajoz contra las tropas del marqués de la Romana, ora al condado de Niebla contra los *insurgentes* de esta comarca y los destacamentos salidos de Cádiz, ora hasta Jaen para ayudar allí al general Sebastiani, habia tenido que operar en un radio de sesenta leguas, y asi sus tropas estaban agobiadas de fatiga. Sin duda habia alcanzado triunfos, pues cogió ó mató dos mil hombres á Mendizabal cerca de Llerena y destruyó á la caballería portuguesa en Fuente de Cantos, pero vuelto á Sevilla á fines de 10, de un efectivo de veinte y cuatro mil hombres, no contaba mas que con ocho mil capaces de ponerse en marcha.

Aun cuando en realidad contasen ochenta mil hombres, no hubieran podido presentar cuarenta mil los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía, bien que, llegado el invierno, la porcion disponible aumentóse considerablemente, merced al término de los calores, al reposo y á la salida de los hospitales. Napoleon habia censurado severamente las operaciones del mariscal Soult que mandaba los tres cuerpos en calidad de general en gefe, y le reconvino á la vez por falta de energía y por falta de combinacion en el empleo de sus tropas. Verdad es que, despues de haber cometido el error de dispersar sus fuerzas en España con la prematura invasion de Andalucía, se renovaba el mismo error en esta comarca por querer abarcar simultáneamente todos los objetos. Querer á un mismo tiempo amenazar á Murcia y Valencia, ocupar Granada, Málaga, Jaen, sojuzgar á Ronda, cerrar Gibraltar, conservar Sevilla, sitiar á Cádiz, Elvas, Badajoz, Campomayor, era exponerse á arruinar completamente el ejército sin alcan-



zar ninguno de todos estos fines. Aunque lo mejor fuera desde el principio, según se ha insinuado, abrir ante todo una campaña decisiva contra los ingleses, sin embargo, ya abrazado el partido de ejecutar la campaña de Andalucía al propio tiempo que la de Portugal, hubiera sido menester acumular todas las fuerzas sobre Cádiz y establecer simples puestos en Córdoba y en Sevilla para tener el camino de Madrid expedito. Ocupada Cádiz, toda la Andalucía se hubiera sometido muy en breve y se contara con una fuerza disponible para emplearla donde se quisiera, en Granada ó en Abrantes. Aplazando la ocupación de Granada por el cuarto cuerpo, no se hubiera hecho al general Blake mucho más formidable, puesto que nada podíamos desear mejor que ver á los españoles presentarse en batalla, para batirlos con algunos miles de hombres y ponerlos en fuga por largo tiempo. Hasta se hubiera podido prescindir de enviar á Badajoz al quinto cuerpo, dejando al marqués de la Romana que avanzara sobre Sevilla, para darle una gran batalla sin movernos de nuestro sitio. Estando así delante de Cádiz todas las fuerzas juntas, se hallaran prontas á marchar á cualquier punto donde un grande interés lo exigiera, sin contar que presentarían bajo banderas una cuarta parte más de efectivo, ahorrando correrías mortales detrás de guerrilleros, á quienes se batía sin destruirlos. En España convenía ir en pos de los grandes objetos y de los grandes venir á los menores. Por no proceder de este modo, el ejército de Andalucía, abrumado de cansancio, arruinado por las enfermedades, bien que extendiéndose desde Cartagena á Badajoz, y pudiendo considerar á Andalucía so-

juzgada, pero no pudiendo impedir que la desolaran los guerrilleros, ni había tomado á Cádiz, ni á Badajoz, ni era capaz de prestar auxilio á nadie, y antes bien se hallaba reducido á solicitar para sí socorros de monta. Con efecto, el mariscal Soult había terminado el año pidiendo á Napoleón un refuerzo de veinte y cinco mil hombres de infantería, de mil marinos, de mil artilleros y de una escuadra. Poseyendo estos medios prometía señorear en breve á Cádiz y conquistar todo el Mediodía de la Península desde Cartagena hasta Ayamonte.

Facil es de comprender cómo después de peticiones semejantes acogiera el mariscal Soult la orden llegada de París á fin de enviar parte de sus fuerzas sobre el Tajo. Muchas veces se le había dirigido esta orden bajo diversas formas y siempre muy embarazadas. Primero se le previno que hiciera cuanto pudiera por seguir los pasos al marqués de la Romana é impedir que dañara á Massena: luego se le prescribió que operara una diversion sobre el Guadiana con un destacamento de diez mil hombres; por último, se le acababa de mandar de una manera terminante que enviara todo el quinto cuerpo con un tren de sitio sobre Abrantes, debiéndose sacrificar todo, menos el sitio de Cádiz, á este objeto supremo. Cuando llegó al mariscal Soult esta última orden quedó sorprendido, y aun podemos decir, consternado. Efectivamente, se le prescribía una cosa que, sin ser del todo imposible, era difícil por extremo y aun peligrosa, y todo por servir á un vecino en quien veía malamente un rival, pues no estaba al mismo nivel el nombre de estos dos mariscales, y por lle-



var á buen remate la obra agena á expensas de la suya. ¡Esto era esperar y exigir mucho del corazon humano!

Ademas la dificultad de hacer lo que se le prescribia salta á los ojos despues de ya expuestos los hechos. El general Sebastiani apenas podia sujetar á Granada: el mariscal Victor tenia todo lo mas con que custodiar sus reductos: el mariscal Mortier reducido á ocho mil hombres al fin del verano, disponiendo quizá de diez á doce mil al fin del otoño, estaba en situacion de ser, ya que no indispensable, al menos muy útil para cubrir las espaldas al mariscal Victor, ocupar á Sevilla y maniobrar entre esta ciudad y Badajoz. ¿Y cómo, sin hacerle que corriera verdaderos peligros, se queria que se lanzara al Alentejo, dejando á su espalda las cinco plazas de Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Alburquerque, teniendo encima los quince ó diez y ocho mil hombres de tropas del marqués de la Romana, estando expuesto á encontrar á los ingleses, é ignorando si el mariscal Massena lo tenia todo prevenido para alargarle la mano hácia Abrantes? Estas objeciones eran fuertes y llenaran de justa ansiedad aun al general que sintiera la mejor voluntad del mundo por ejecutar las órdenes que habia recibido. ¿Cuánto poder no ejercerian sobre un general de quien se reclamaba que abandonara su conquista por ir á asegurar la agena?

Considerando el mariscal Soult incontestable la imposibilidad de efectuar lo que de él se exigia, creyóse dispensado de obedecer inmediatamente y aplazó la ejecucion de las órdenes imperiales, diciendo que estas órdenes serian la pérdida de Andalucía, y probablemente hasta la del quinto cuer-

po todo, que sucumbiria antes de llegar al Tajo, entre los ingleses que estarian en espera, y los españoles que se lanzarian á perseguirle y los franceses que no podrian alargarle la mano hasta protegerle; que por todos estos motivos creia deber diferir la ejecucion de prescripciones tan funestas, y rogaba que fuera enviado un oficial que se enterara y diera testimonio de la exactitud de sus asertos. Sin embargo, añadia que, deseando ser de ayuda al mariscal Massena, se iba á trasladar con todo el quinto cuerpo y algunos destacamentos de los otros dos sobre el Guadiana, para emprender el sitio de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y que sin duda esta seria una diversion infinitamente útil al ejército de Portugal.

Esta última asercion no se podia tomar en serio. Con efecto, ejecutar el sitio de Badajoz, al cabo de dos ó tres meses y á una distancia de veinte y cinco leguas del mariscal Massena, cuando este necesitaba que se le ayudara sin demora á pasar el Tajo, era un socorro irrisorio. La única razon plausible que pudo hacer valer el mariscal Soult, consistia en la dificultad de lo que se le pedia. ¿Era ó no posible que marchara en auxilio del ejército de Portugal? Esta y no otra pregunta convenia que se le dirigiera. De seguro era impracticable, segun el sistema de ocupacion adoptado en Andalucía, pues, siendo ya muy débil en todos los puntos, se iban á perder los puestos que fueran desgarnecidos, sin dar al quinto cuerpo una fuerza bastante para marchar con seguridad sobre el Tajo. Y á la verdad, aun no aprobando Napoleón este sistema, habiálo confirmado en cierto modo con permitir que se practicara durante un año. ¿Cómo



cambiarlo de repente, sin orden formal suya, haciendo sacrificios de territorio que serian á los ojos del enemigo funestos movimientos retrógrados? Y sin embargo, no habia medio; si se intentaba algo posible, era menester retirar al punto el cuarto cuerpo de Granada, trasladarle á Sevilla, dejar allí una mitad de él para atender á espaldas del mariscal Victor á los accidentes imprevistos, ir con el resto á juntarse al mariscal Mortier, caer sobre cuantos españoles habia entre las cinco plazas de Extremadura, marchar á toda prisa sobre Abrantes con unos veinte mil hombres, correr la eventualidad de encontrar en muy grande fuerza á los ingleses á la orilla izquierda del Tajo, bien que se pudiera remediar este peligro avisando oportunamente á Massena de la pronta llegada, á fin de que estuviera pronto á echar su puente y á saltar en la margen izquierda en el mismo instante en que por allí asomara el socorro. Con tales precauciones, con grandes sacrificios, con mucha adhesion y mucha audacia, esta operacion era practicable. Bajo menores condiciones, sin renunciar á Granada, sin colocar un cuerpo intermedio, que en caso de necesidad pudiera sostener al mariscal Victor, sin reforzar mucho el quinto cuerpo encargado de marchar sobre el Tajo, la empresa era imposible, y el mariscal Soult estaba autorizado para negarse á ella. Si se queria que obedeciese, hubiera convenido trazarle de antemano los sacrificios que debia hacer, imponérselos, dejarle de esta suerte sin razon verdadera ó falsa de desobediencia, mandar en fin, no de una manera vaga, sino precisa y absoluta, como se hace cuando se reflexiona seriamente sobre lo que se ordena, y se

ordena con voluntad de ser obedecido. Por desgracia, complaciéndose en sus ilusiones, distraido por otros objetos, creyendo formalmente, ya que no en la existencia de ochenta mil hombres, al menos en la de sesenta mil en Andalucía, Napoleon no pensaba que hubiera dificultad en la ejecucion de sus voluntades y se limitaba á prescribir al mariscal Soult que marchara sobre Abrantes, aunque segun decia, hubiera que debilitarse algo hacia Granada. Este era el único sacrificio que preveia y autorizaba. Con tales condiciones debia ser desobedecido, y lo fué de la manera mas grave y mas infauista para el conjunto de los sucesos.

Ya de muy atrás imaginaba el mariscal Soult ejecutar personalmente el sitio de Badajoz, sitio mucho menos importante que el de Cádiz, pero destinado á ser obra suya, al par que el de Cádiz debia ser atribuido al mariscal Victor especialmente, y ya se lo habia propuesto á Napoleon antes de recibir la orden de marchar sobre el Tajo. Al llegarle esta, discurrió como modo de atemperarse á ella, ir sin dilacion sobre el Guadiana, para emprender, ademas de la conquista de Badajoz, la de la doble fila de plazas, que Portugal y España habian construido tiempos antes en Extremadura, y que vueltas en lo antiguo unas contra otras, están ahora exclusivamente contra nosotros. Partió, pues, inmediatamente á Extremadura con el quinto cuerpo, dejando al mariscal Victor reducido á sí mismo, bien que recomendando al general Sebastiani que si venia de Gibraltar ó de otra parte alguna fuerza enemiga por la espalda de Cádiz, se trasladara allá inmediatamente. A principios de enero de 1814 se puso en camino con la division



de Girard é hizo que la division de Gazan le siguiera, marchando con mas lentitud para escoltar el tren de sitio. No habia menos de cuarenta leguas de camino detestable desde Sevilla á Badajoz, y con los guerrilleros que infestaban hasta los paises sometidos, no fué la precaucion de dejar atrás la division de Gazan arbitraria, sino precisa.

Delante de Olivenza llegó el 11 de enero y embistióla sin ninguna tardanza. Esta plaza, construida á la izquierda del Guadiana, destinada á servir á los españoles contra los portugueses, habia pertenecido durante dos siglos, ya á unos, ya á otros, y desde 1801 era propiedad de los españoles. Contaba cinco mil almas de poblacion, una guarnicion de cuatro mil hombres y un débil gobernador. Bastante regularmente fortificada y encerrada en un recinto de nueve frentes, hubiera podido oponer cierta resistencia, si el gobernador tomara con tiempo sus precauciones y cuidara de artillar las obras exteriores; pero ni una sola media luna se hallaba armada, y no estaban ocupados ni tenian empalizados los caminos cubiertos. Asi que en rigor hubiera sido posible acercarse de golpe al pie de los muros é intentar una escalada; pero siendo bastante altos los escarpes de mampostería, quizá fué la tentativa infructuosamente sangrienta. Limitóse, pues, la primera operacion á apoderarse de una luneta que no estaba armada y á comenzar los trabajos de aporche muy cerca del recinto. Bien auxiliados los oficiales y los soldados de ingenieros por la infantería, dirigieron estos trabajos con grande audacia y extremada rapidez, y ejecutáranlos aun mas de prisa si los útiles no anduvieran escasos. En ciertos momentos la in-

fantería del mariscal Mortier, estimulada por la presencia de su gefe, removi6 la tierra con las puntas de sus bayonetas. Por fortuna present6se una compañía de ingenieros con un cargamento de útiles, y al cabo de diez dias pudo romper el fuego la batería de brecha y derribar un ancho lienzo de muralla. A la vista de nuestras columnas prontas á subir al asalto turb6se la poblacion que al principio habia manifestado mucho ardimiento. No trataron de hacerla cobrar brios la guarnicion ni su gefe, y abriendo la plaza sus puertas el dia 23 de enero, nos entreg6 varios almacenes, algo de artillería y cuatro mil prisioneros. Si se hubiera llevado tan de prisa y tan bien el sitio de Badajoz, se hubiera estado en proporcion de cumplir en breve la singular promesa de socorrer al mariscal Massena despues de la conquista de las plazas.

Delante de Olivenza permaneci6 el mariscal Soult los dias 23, 24 y 25 de enero, y parti6 el 26 para Badajoz. Esta era la segunda plaza situada á la izquierda del Guadiana hacia el lado español, y conviene decir que la única importante. Tomada esta, no habia que hacer caso de las otras tres, Elvas, Campomayor, Alburquerque. Allí llegó el mariscal Soult no mas que con la division de Girard y con las tropas de ingenieros que ya se habian restituido al quinto cuerpo. Como ya hemos dicho, la division de Gazan estaba aun detrás ocupada en escoltar el gran parque. Embisti6se á Badajoz el dia 27 y la caballería barrió las tropas enemigas esparcidas por los alrededores. Acto continuo se procedió al reconocimiento de la plaza.

Badajoz, capital de la Extremadura española, poblada por diez y seis ó diez y siete mil habitan-